

nian como el bravo de sus guerreros, se hallaba á su cabeza en el ataque contra las tropas de Córdoba. Esta última parte de la relación que acababa de hacer Aguilar, despertó en Cortés el sentimiento de no tener á Guerrero entre sus manos, siendo probable que hubiese deseado mas bien emplear sus servicios, que hacer de él un ejemplar en vísperas de su atrevida conquista; pues así lo dió á entender por la asiduidad con que procuró desde luego ganar el afecto de Gerónimo, dándole el nombramiento de su intérprete.

En el intervalo de los ocho dias que esperó su llegada, pasó Cortés revista á su gente y les arengó, iniciándoles en sus ultiores proyectos hasta el punto que lo creyó conveniente; pues si les hizo ver los peligros de la empresa, tambien les indicó lo que debía arrostrar su audacia. Los habitantes de Cozumel vivian en perfecta inteligencia con los extrangeros. Los caciques, sacerdotes y alta aristocracia del pais, los miraban ya sin desconfianza alguna; pero Cortés creyó que con ellos le era permitido atreverse á todo, y escogió los objetos mas venerados para hacer el ensayo de su poder. En efecto, en la isla habia un famoso templo, donde las tribus del continente llegaban peregrinando, y allí concurrían hombres de todas naciones que hablaban idiomas diferentes. Habiéndose acercado Cortés con sus oficiales al respetado santuario, los sacerdotes vestidos de ceremonia salieron á su encuentro, teniendo en las manos la copa en que ardia el incienso; pero el jóven español no se acercaba allí para adorar los falsos ídolos, sino para derribarlos por las escaleras del templo, mandando á los mismos indios que los hicieran pedazos. Estos tímidos hombres aguardaban con miedo la venganza de sus dioses; pero ellos se dejaron destruir sin que ningun español recibiese el menor daño. Los pobres indios, que consideraron vencidas sus divinidades por el Dios de Cortés, rodearon al elérigo Juan Diaz para que les celebrase la misa, y dijese en seguida un sermón en lengua castellana, del cual no entendieron ni una sola palabra. Los ídolos destruidos fueron reemplazados por una gran cruz de madera, las imágenes de la Virgen y de los santos; y Cortés aseguró su proteccion á los indios antes de alejarse de Cozumel, siempre que les prometieran respetar estos sagrados objetos del culto católico.

La armada que continuó siempre las huellas de Grijalba, llegó algunos dias mas tarde á echar ancla en la embocadura del rio de Tabasco, donde se halló en presencia de sus primeros enemigos. El sitio era favorable á la defensa. Algunos remadores de la flota cubrian las orillas del rio, cuyas aguas bajas no permitian avanzar mas que pequeños barcos; mientras que los indios armados se preparaban al combate desde sus frágiles canoas. Doce mil guerreros reunidos en Tabasco, capital de la provincia, á media hora de la costa, ciudad defendida por parapetos y palizadas, estaban preparados para rechazar á los españoles, que no sabian á qué atribuir

éstas hostiles disposiciones, tan diferentes de la hospitalaria acogida que habian hecho á Grijalba en el año anterior; pero luego supieron que aquel buen recibimiento habia sido vituperado á los habitantes de Tabasco por los de Pontonchan, como un acto de cobardía, y quisieron por lo mismo aprovechar la primera ocasion que se les presentaba para rehabilitarse en la opinion de sus vecinos. Así que, la elocuencia de Aguilar, enviado por Cortés al gefe de Tabasco, no produjo resultado alguno favorable, habiendo sido necesario apelar á la fuerza y á la superioridad de las armas; pero antes de llegar á este último extremo de la guerra, insistió todavía en hacer saber á los enemigos, mediante el intérprete, que además de desear como única cosa el paso libre para sus tropas, queria que reviviesen las buenas relaciones que habian existido anteriormente, echando sobre ellos todas las consecuencias de su infructuosa obstinacion. Mas viendo que no producian ningun efecto los medios contemporizadores, mandó un destacamento de cien hombres á las órdenes de Alonso de Avila, para que penetrando por un punto protegido por una espesa hilera de palmares, tomase un camino que condujera en derechura á la ciudad de Tabasco; mientras que él se preparaba á atacarla de frente con las tropas que tenia ya embarcadas para atravesar el rio á la vista del enemigo. En seguida se dió principio á un combate marítimo entre los españoles é indios de las canoas; y aunque éstos mostraron mucha fiereza en este corto y desesperado encuentro, se vieron al fin obligados á retirarse á tierra con alguna pérdida. A pesar de que otros indios vinieron en auxilio de los primeros, descargando contra el enemigo una lluvia de sus proyectiles de guerra, los invasores después de haber ganado la ribera con no poco trabajo y esposicion, se colocaron en orden y arremetieron contra las tribus indígenas, que acababan de replegarse tras un parapeto de madera que habia en la mitad del camino. Luego que fueron desalojados de este terreno de quebradas y malezas, no les quedó otro remedio que encerrarse dentro de las palizadas que defendian la ciudad; pero á ese mismo tiempo se presentó Alonso de Avila por el punto opuesto, y considerando los tabasqueños que era imposible resistir al sábio plan del gefe europeo, le abandonaron la ciudad sin sus familias, muebles y algunas provisiones de boca. En seguida tomó Cortés formal posesion de ella en nombre de la corona de Castilla.

Los invasores se acuartelaron aquella noche en el patio principal del templo mayor, no sin tomarse antes las precauciones necesarias para evitar un ataque por sorpresa; porque habiéndose escapado del campamento un intérprete indio llamado Melchorejo, dejando colgado sobre un árbol el traje que vestia, el capitán general temia que el fugitivo diese á los enemigos algunos informes de la espedicion; pero viendo que hasta la siguiente mañana no se habia presentado ninguno en los alrededores, envió hacia lo interior del pais

dos destacamentos, uno á las órdenes de Pedro de Alvarado, y el otro á las de Francisco de Lujo. Apenas este último oficial habia andado una legua de camino, cuando atacado impetuosamente por considerable número de indios, se vió obligado á replegarse con su gente á un edificio de piedra, donde llegó á temer la próxima derrota que debia esperarse; pero habiendo venido en su auxilio el destacamento de Alvarado, con motivo de la confusa gritería de los indígenas, le permitió abrirse campo por entre los pelotones enemigos; y cuando ambas compañías verificaban una precipitada retirada hácia la ciudad, Cortés salió á su encuentro, restableció el combate y rechazó á los fieros tabasqueños. Los prisioneros que cayeron en su poder al terminar la escaramuza, le dijeron que todo el país se hallaba armado para combatir á los cristianos, y que al siguiente día era probable que un numeroso ejército diese un asalto general contra su campamento. Pero deseando Cortés adelantarse á dar el primer golpe, mandó sacar de los buques siete piezas de artillería y todos los caballos, y luego dispuso sus fuerzas del siguiente modo: confió el mando de aquella á un tal Mesa, hombre de alguna práctica en clase de ingeniero; la infantería debia operar bajo las órdenes de Diego de Ordaz, y el mismo Cortés se puso á la cabeza de la caballería. Al siguiente día, despues de una hora de penosa marcha bajo el sol abrasante de los trópicos, y por medio de un terreno pantanoso sembrado de cacao, Ordaz se presentó con su gente y artillería en la espaciosa llanura de Centla, donde los indios formaban una oscura línea que cubria el horizonte, mientras que Cortés avanzaba por otro lado para atacar de flanco ó por la retaguardia. Los indígenas pusieron en el mayor conflicto á sus enemigos, que aguardaban con impaciencia la llegada de los caballos para restablecer el principiado combate; pues ya les era imposible contener las masas indisciplinadas de bárbaros que los atacaban por todas partes. En efecto, cuando la caballería cristiana consiguió penetrar en el sangriento campo de batalla, la gente de Ordaz salió de su conflicto despues de apurar todo su valor y ardimiento en tan críticas circunstancias.

La victoria disputada fué completa y entera: el estallido del cañon aterró á los que se salvaron de la metralla; y los soldados de caballería que decidieron el combate, cayeron con sus largas espadas sobre los pobres indios desnudos y apelotonados. Gomara pretende que uno de los apóstoles, San Pedro ó Santiago, combatió bajo la forma humana de Francisco de Morla, uno de los mejores ginetes del ejército; pero Bernal Diaz que no era el menos valiente y cristiano de los aventureros, nos asegura que no fué permitido presenciar tal prodigio á un pecador como él. Los indios perdieron en esta accion mas de mil de los suyos, y mucho mayor fué el número de los heridos. Estaban completamente desmoralizados; pues se imaginaban que los cañones eran seres animados, y

que el caballo y su ginete formaban un solo hombre distinto á los demás. Cada vez que oian relinchar á esta especie de monstruos, les imploraban temblorosos como á otros tantos dioses irritados; y como hubiesen creido conveniente y necesario ponerse á voluntad del vencedor, algunos gefes subalternos se llegaron al campo de Cortés, á fin de suplicarle les permitiese enterrar á sus muertos, para que no fuesen comidos por los tigres y leones. Al siguiente día, mediante un espreso llamamiento de Cortés, se le presentaron dos caciques vestidos de ceremonia para convenir en las condiciones de la paz. Despues de ofrecerle incienso y pedirle perdon de lo pasado, convinieron en reconocerse vasallos de la corona de España, sin saber cuál era el empeño que contraian, y prometieron abrazar la religion católica, luego que les fuera permitido comprender algo de sus dogmas. Bartolomé Olmedo, capellan de Cortés, se apresuró á catequizar y dar el bautismo á algunos de ellos, se prestaron de buena voluntad á tan augusta como sublime ceremonia. Concluido el tratado entre españoles y tabasqueños, una nueva diputacion vino á ofrecer presentes al vencedor, iguales á los que habian hecho á Juan de Grijalba; añadiendo el regalo de veinte hermosas jóvenes, recomendadas por su destreza y habilidad en los trabajos domésticos, y sobretodo en el modo de fabricar el pan de maiz. Estas jóvenes beldades, repartidas entre los capitanes y principales oficiales de Cortés, recibieron el bautismo el mismo dia en que el piadoso reconocimiento del general, queriendo perpetuar la memoria de su triunfo y honrar con él á la madre de Dios, cambió el nombre de Tabasco en el de Santa María de la Victoria.

Estas mugeres fueron las primeras cristianas del nuevo continente, las primeras americanas que partieron el lecho con el vencedor. Una de ellas llamaba la atencion de todos; pues parecia al lado de sus compañeras una reina en medio de su córte. La elegancia de su talle, la hermosura de sus facciones, su orgullosa mirada, lo natural de sus modales y la nobleza de sus acciones, anunciaban un distinguido nacimiento bajo el humilde trage de la esclavitud. Esta jóven india, conocida con el nombre de Marina, que fué el de su bautismo, hace un papel importante en la historia de la conquista, y era hija de un cacique de Painalla en la provincia mexicana de Goatzacoalco. Habiendo perdido á su padre siendo ella muy niña, quedó bajo el cuidado de una desnaturalizada madre, que lejos de ser buena para ella, dedicó toda su ternura á un hijo habido en segundas nupcias; y con la idea de asegurar la sucesion de este hijo predilecto ella y su nuevo esposo pusieron á Marina en poder de unos mercaderes de Jillacanco, é hicieron correr lo noticia de su muerte. Los amos de Marina la vendieron en seguida á un cacique de Tabasco, quien la ofreció á Cortés en union de las otras esclavas. Aquí era donde le esperaba una buena suerte, que le reservaba el corazon del conquistador; pues su feliz destino le preparó en Mari-

na una obsequiosa querida, una hábil intérprete, una activa vigilante de los proyectos del enemigo, una consejera instruida de la política y costumbres del país, y mas de una vez, una embajadora elocuente y astuta. Es probable que no habiéndose reservado Cortés en un principio, ninguna de las veinte jóvenes de Tabasco, no tardaría en unirse á Marina por los lazos del amor; pues la vemos junto á él desde que empezó la campaña, sin dejarle ya hasta terminar la conquista del imperio mexicano. Ella desempeñaba bien su lugar en el consejo, se le escuchaba con toda la atención que se concede á los talentos superiores; porque el suyo era pronto, vivo, de estension, enérgico y fértil en recursos. En los criticos dias de una batalla, tenia toda la fuerza de ánimo de un hombre; y en las negociaciones, toda la sutileza y flexibilidad de una muger. Además de la lengua azteca, sabia la *maya* que se habla en Yucatan y Tabasco; el español lo aprendió en muy poco tiempo, y se expresaba en este idioma con suma facilidad. Marina fué la providencia del ejército de Cortés, como tambien uno de los instrumentos mas poderosos de la caída de Moctezuma.

Cortés tomó posesion del país en nombre del rey de España, y no considerando á propósito el lugar para poner en obra su proyecto de rescatar oro, determinó continuar su navegacion hácia la parte de Occidente, siguiendo la misma ruta que su antecesor Grijalba; porque cuando preguntó á los indígenas que de dónde sacaban sus metales preciosos, respondieron señalando hácia aquel rumbo: „México, Colhua;” y estas palabras, repetidas con alguna frecuencia, excitaron deseos de descifrar ese misterioso nombre en el corazón del intrépido expedicionario. En efecto, abandonó el país para emprender camino con direccion á las plateadas playas de México.

*Arribo de los españoles á México: entrevista con los aztecas: embajadas y regalos: disturbios en el campamento español: conducta de Cortés en Zempoalla: fundacion de Veracruz: destruccion de la flota (1519).* Cortés llegó al puerto de San Juan de Ulúa despues de algunos dias de navegacion; pero apenas habian anclado las embarcaciones en el surgidero, cuando dos piraguas llenas de indios aborjaron el buque del almirante. Uno de ellos se acercó respetuosamente á Cortés, y le anunció que venia de parte de uno de los comandantes del país, y en nombre de su emperador Moctezuma, á informarse del objeto de su viage y á ofrecerle todo lo que pudiese necesitar. El jóven soldado con tanta política como el enviado, le contestó que nada necesitaba en la actualidad, y que su viage no solo tenia por objeto visitar el país, sino tambien hacer el comercio con sus habitantes, esperando que le verian allí con gusto y satisfaccion. Pero Cortés que no perdía un solo momento en vanos proyectos, mandó al siguiente dia desembarcar sus tres poderosas armas, hizo poner los cañones en batería, y formar un cam-

pamento de tiendas que se elevó al instante en la arenosa orilla, donde el estandarte real se desplegó por primera vez en el territorio mexicano.

En la anterior entrevista se halló Cortés bastante embarazado; pues hubo un incidente del cual previó todas las consecuencias. Aguilar, que hasta entonces habia sido su intérprete, no comprendía una palabra de cuanto decia el enviado; porque éste se expresaba en la lengua azteca, y aquel no hablaba mas que la de Yucatan y Tabasco. Ya Cortés empezaba á temer con respecto á los grandes proyectos que meditaba, la lentitud é incertidumbre que nacen de las comunicaciones imperfectas, por la única via de los signos y gestos significativos; pero su inquietud fué de corta duracion, pues al instante que vió hablar á Marina con los mexicanos, conoció todo el partido que podia sacar de esta hermosa india. Ella se encargó de comunicar con el enviado y traducir sus palabras en *maya*, para que Aguilar las vertiese á su vez en el idioma de Castilla. Esta doble traslacion del pensamiento, no carecia de inconveniente por lo relativo á la exactitud; pero este embarazo no tardó en salvarse venturosamente, por la inteligencia y raras disposiciones de Marina para el estudio de las lenguas; pues muy pronto estuvo en estado de verter directamente y en buen castellano la frase mexicana, sin que fuese necesaria la mediacion de su compañero Aguilar. Desde esta época datan sus relaciones intimas con Cortés.

El dia de pascua de resurreccion dos caballeros de la corte de Moctezuma, Teuhtitile y Cuitlalpitoc, gobernadores de dos provincias marítimas inmediatas; se presentaron delante de Cortés, que se hallaba en su campamento, con un séquito numeroso y toda la pompa de una embajada. El español que tenia interés en impresionar los espíritus, los convidó á una solemne misa que mandó cantar con música, despues se sirvió una comida en que fueron obsequiados con vino y guisados europeos; y les declaró por último, que vasallo del gran Don Carlos, emperador del Oriente, y el mas poderoso de los reyes de la tierra, venia en clase de embajador á visitar á Moctezuma, y concluir con él un tratado de paz y de amistad, lo que le obligaba á marchar desde luego cerca de su monarca, en cumplimiento de su mision, no pudiendo confiar á nadie las cosas importantes que tenia que comunicarle. Los gobernadores, que sabian perfectamente la repugnancia de su rey á recibir extrangeros, adornaron con bellos cumplimientos una vaga respuesta á esta arena; y como Cortés insistia en su resolucion, uno de los gobernadores le dijo: *¿Qué es esto? Apenas llegais y ya quereis ver á nuestro rey. Recibid primero los presentes que os envia, y mas adelante podeis pensar en otra cosa.* Estos regalos que fueron ofrecidos con mucho aparato, consistian en diez cargas de capas de tela de algodón, adornadas de curiosas labores de plumas, en varios

alhajas y otros preciosos objetos de oro y plata, los cuales eran tan esquisitos por su trabajo como por su considerable valor. Pero la vista de estos objetos produjeron un efecto totalmente distinto del que se proponian los mexicanos; pues aumentando la ambicion de los aventureros españoles, les inspiró el mas vivo deseo de hacerse dueños de un pais que tantas riquezas producía. Cortés contestó inmediatamente á este regalo con otro, que se componia de un sillón de brazos muy bien trabajado y pintado, cubierto de terciopelo carmesí, y adornado de una placa de oro sobre la cual se veía á San Jorge en aptitud de matar al dragon, y varias piedras falsas primorosamente ornadas de algodón perfumado. Durante esta entrevista, algunos pintores mexicanos que formaban parte de la comitiva de los embajadores, estaban ocupados en dibujar sobre blancas telas de algodón, las embarcaciones, los caballos, la artillería, los soldados, y todo cuanto les parecia notable de los extrangeros. Sabiendo Cortés que estos dibujos iban á enviarse á Moctezuma, quiso que se diese á este rey una idea mas completa de lo que podian hacer los españoles. En efecto, mandó tocar generala á las trompetas, á cuya alarma se formaron en batalla los diferentes cuerpos de su ejército; ordenó se ejecutase un simulacro; practicáronse cargas de caballería é infantería; sucediéronse juegos de sortijas, carreras de caballos y de luchas; tronó por fin la artillería, y las balas de cañon y la metralla silvaron por entre los árboles, cuyas ramas caian tronchadas en el suelo. Al oír los indios tan espantoso estrépito, unos cayeron de terror y los otros se pusieron en fuga; pues los hombres que manejaban esas terribles máquinas, tenían para ellos el poder de los dioses. Los pintores empleaban todo su arte en representar estas cosas nuevas, y su imaginacion en inventar figuras y caracteres que pudiesen demostrar los prodigios de que eran testigos. Los embajadores de Moctezuma, obligados por el papel que representaban á ocultar su espanto, lo disimulaban bajo apariencias de admiracion. Esta fiesta militar fué el principio de la destruccion del imperio.

Muy pronto supo Moctezuma la resolucion de Cortés. La suya debió tambien ser rápida y enérgica, promoviendo desde luego la guerra con todas las fuerzas de su imperio, en ocasion que los españoles no contaban con un solo aliado, ni tenían un punto fortificado, ni provisiones, ni medios de adquirirlas, y por consiguiente ninguna esperanza de buen resultado en la invasion. Y por el contrario, toda contemporizacion les permitia extenderse por el pais, y aumentar sus fuerzas con auxiliares descontentos. Moctezuma se decidió por el partido que mas favorecia á sus enemigos, entró en cuentas, y para tener á sus sacerdotes adictos, les invitó á que consultasen á sus dioses; y habiendo respondido ellos que no debian admitirse los extrangeros, Moctezuma se apresuró á transmitir esta respuesta por un embajador, acompañada de magníficos regalos que

condujeron cien hombres (1), con el objeto de suavizar el desagradable mensaje á los ojos de Cortés; pero se las habia desgraciadamente con un hombre de voluntad decidida, quien ya lo juzgaba como enemigo á consecuencia de su apatía. Así que, ni los presentes de Moctezuma, ni la habilidad de sus negociadores, en nada cambiaron los proyectos del gefe expedicionario, pues declaró espresamente á los enviados que tenia orden de ver á su amo, y la cumpliria. No debió satisfacerles esta respuesta. Ellos que habian visto el poder de las armas españolas, consideraban la guerra como un verdadero y terrible mal, y para evitarla, en cuanto fuese posible, rogaron á Cortés que suspendiese su marcha, hasta el momento en que su amo y señor manifestase su última voluntad. Tampoco se equivocó Cortés en estas segundas señales de debilidad.

Ya hemos visto que muchos años antes de la llegada de los españoles, algunos siniestros augurios interpretados por la ignorancia y el miedo, habian causado grandes trastornos en el alma de Moctezuma. Ya no era aquel príncipe prudente y firme, cuyo advenimiento al trono habia sido saludado con unánimes aclamaciones; pues era en la época que citamos, un yugo muy pesado el de su mando para todo el Anáhuac, de suerte que el poder vacilaba torpemente entre sus manos. Cuando supo la negativa de Cortés por lo relativo á dejar el pais, como príncipe que era absoluto, y cuyas órdenes eran sagradas para tantos millares de hombres, no podia hacerse cargo de la audacia del extrangero. Habiendo tomado de pronto una aptitud enérgica, pensó amenazarlo con ofrecerlo en sacrificio á los dioses; pero este acto de cólera que pasó como un relámpago, lo reemplazó muy presto el miedo, y llamó sus ministros á consejo, en donde se resolvió ensayar otra vez medios diplomáticos y nuevos presentes. En efecto, Moctezuma despachó los mismos embajadores al campo de Cortés con magníficos y superiores regalos.

No estaba tampoco aquel campo exento de alarmas. En él pululaban dos partidos: el uno compuesto de los amigos de Cortés, siempre dispuestos á arrostrarlo todo por su gefe; y el otro lo formaban los partidarios de Velazquez, espantados de su desobediencia, y te-

(1) En todos los escritores españoles se encuentra el pomposo detall de este rico presente, compuesto de telas de algodón de una esquisita finura; de algunos mosaicos de plumas, representando animales, árboles y escenas de la vida doméstica; de brazaletes, anillos, collares de oro, cajitas llenas de perlas y piedras preciosas bien montadas; y dos grandes platos redondos, el uno de oro macizo, representando el sol, y el otro de plata, figurando la luna. Este último, si hemos de creer á Bernal Diaz, valia mas de dos mil pesos. Es probable que estos objetos estuviesen preparados para Grijalba, cuando desembarcó en el mismo punto el año anterior, y que se hallaban prontos cuando Moctezuma dió la orden al gobernador de su provincia para presentárselos á Cortés. A lo menos así debe inferirse de la relacion de Gomara.

miendo avanzar en un país desconocido, sembrado de pueblos guerreros, sin seguridad de víveres ni plazas fuertes para una retirada. Cortés permanecía inalterable en medio de estas dificultades, acariciando al soldado, mostrándose generoso con él, manteniendo su espíritu por medio de aquella palabra dulce y persuasiva, de aquella elocuencia militar, cuyo secreto poseía tan perfectamente. Se ocupaba en lisongear todas las esperanzas, y en prepararlo todo para la invasion, cuando se le presentaron los embajadores de Moctezuma, significándole la orden formal de dejar el país, y poniendo á sus pies los ricos presentes de su señor. *Muchas gracias, dijo el general: en verdad que el rey de México es un opulento monarca; pues son demasiado lujosos estos regalos para que dejemos de ir en persona á agradecerse los; y volviéndose luego hácia sus oficiales y soldados, añadió: ¿no es cierto, señores, que iremos á hacerle una visita? Mas de cien voces respondieron á la vez: estamos prontos á marchar.* En este momento la campana tocó á vísperas, y oficiales y soldados se hincaron de rodillas, para rogar á la Madre de Dios que los protegiese en los peligros y les proporcionase ricos tesoros.

Al siguiente día todo era soledad en los alrededores del campo de Cortés. Los indios habian desaparecido, no se veía ningun viviente en las aldeas, y habia cesado toda comunicacion con los invasores. Los hombres del campo ya no traian víveres; los gobernadores de Moctezuma habian abandonado el país, y todo anunciaba los primeros dias de hostilidad. Los clamores de los partidarios de Velazquez, un momento acallados por las persuasivas del general, se hicieron oír de nuevo: *¿Qué se quiere hacer de nosotros, exclamaban: ¿á dónde se nos quiere conducir con tan poca gente? Volvamos á Cuba en busca de armas, municiones y hombres.* Diego de Ordaz, uno de los primeros oficiales del ejército, dirigió estas observaciones á Cortés en nombre de los descontentos; pero el sagaz general que las escuchó tranquilamente, dió orden en seguida al ejército de estar pronto para embarcarse al siguiente día con direccion á Cuba. A tal novedad, la gran mayoría de los oficiales y soldados se llenó de conmocion; pues todo este grupo de aventureros veía sus esperanzas desvanecidas. La sedicion cundió en las filas y la amenaza salia de todas las bocas; porque los emisarios de Cortés recorrían los puestos, agriando con sus palabras á los menos coléricos y animando á los mas exaltados. Todos pedían á su general, que no se hizo esperar mucho tiempo, y le echaban en cara su abandono, sus promesas violadas, como tambien la infidelidad que hacia á su misma gloria; le renovaron el juramento de seguirle por todas partes, y de morir ó triunfar con él, concluyendo por declararle que si queria someterse á su rival, podía marcharse solo, y ellos elegirían otro general que lo reemplazase. Estas felices amenazas de abandono, estos juramentos de fidelidad, estos testimonios de amor

y confianza, eran precisamente los que deseaba Cortés, quien fingiendo sorpresa de semejantes palabras, aseguró que habia dado la orden de marcha para conformarse con el voto del ejército, contrario á su opinion personal; *pero ahora veo, añadió, que Ordaz me ha engañado. Ya sé cual es mi deber; pues seguro de la confianza de mis camaradas, los conduciré á la conquista de México, y distribuiré entre ellos sus riquezas.*

A este mismo tiempo se presentaron cinco indios, que fueron conducidos á la tienda del general. Su lenguaje parecia un dialecto de la lengua azteca, bastante difícil de ser comprendido; pero Marina consiguió darse á entender con dos de ellos que hablaban el mexicano. Estos hombres eran enviados del cacique de Zempoala, que habiendo sabido la grande victoria de Tabasco, y las maravillas de las armas españolas, rogaba á Cortés que le ayudase para sacudir el yugo mexicano. Los primeros habitantes de Zempoala, capital de los *totonecas*, poderosa tribu que hacia muchos siglos habia llegado á la mesa central, se fijaron en las sierras y llanuras que ciñen el golfo mexicano por la parte del Norte; pero en la actualidad eran tributarios del imperio, como una de sus mas recientes conquistas. La embajada de su cacique era un favor del cielo; pues viendo Cortés en ella la defeccion de los tributarios de Moctezuma, ya podia contar con auxiliares para su poco numeroso ejército. En seguida concedió á los enviados lo que le pedían; pero antes de marchar á Zempoala, creyó de su deber organizar la colonia naciente, que tenia designio de establecer en aquella costa, dándola formas administrativas y judiciales, semejantes á las de la madre patria: iguales magistrados, iguales nombres, é igual círculo de poderes; la misma competencia y las mismas atribuciones. Cortés en nombre del rey y sin hacer caso de Velazquez, nombró los primeros miembros de la nueva municipalidad. Inútil es añadir que los eligió entre sus mas íntimos amigos, mas adictos á su persona y mas fieles depositarios de sus secretos pensamientos; pues aunque recibió el nombramiento de alcalde Francisco de Montejo, íntimo amigo y partidario de Velazquez, fué un golpe de política que dió los mejores resultados para la consolidacion de la armonía.

Calculando desde entonces crearse un mando independiente, hacerse reconocer gefe supremo, y obtener nuevos derechos por la via de eleccion, tuvo cuidado de inquirir primeramente la voluntad del ejército para asegurarse de su sufragio. Curioso es este hecho que tomamos de Bernal Diaz: *„Cortés, dice este veraz testigo de todos „los sucesos de la conquista, habia entonces obtenido de Puerto-Car- „rero, Alvarado, sus cuatro hermanos, Olid, Avila, Escalante y de „mí mismo, así como de otros muchos oficiales y caballeros, la pro- „mesa de nuestro apoyo. Nos habiamos comprometido á elevarlo „al mando en gefe é independiente. Montejo, ahijado de Velazquez, „reclababa nuestro proyecto, y vigilaba todos nuestros movimientos.*

„Una noche, ya bastante tarde, Puerto-Carrero, Escalante y Lugo, pariente lejano de los míos, se llegaron á mi tienda y me dijeron: *Señor del Castillo, tome vd. sus armas, y venga vd. con nosotros á acompañar á Cortés que va á hacer la ronda.* „Yo los seguí, y „al momento de haber dejado mi tienda, me dijeron que tenían que „conferenciar conmigo, sin ser oídos de mis camaradas que pertenecían á la facción de Velazquez. Uno de ellos me dirigió el siguiente discurso: *Señor del Castillo, es ahora la tercera vez que vd. visita estos lugares á su peligro y riesgo.— ¿Sabe vd. que Cortés nos ha engañado? ¿Que nos asegura en Cuba, que tenía poderes para establecer una colonia, y no tenía mas comisión que la de traficar? Nos será pues necesario volver á Cuba y entregar todas nuestras riquezas á Velazquez. Un gran número de los nuestros ha determinado aquí tomar posesion del país, bajo el mando de Cortés, y en nombre de su magestad; y hasta que la voluntad soberana nos sea canocida, Cortés será elegido nuestro general, y esperamos que vd. le dará su voto.* „Al instante consentí „en ello de la mejor voluntad, y acto continuo fuimos de barraca en „barraca pidiendo para Cortés.”

Quando se verificó la reunion de la nueva municipalidad, Cortés se presentó á ella con las señales del mas profundo respeto; y habiendo pedido urbanamente la palabra, manifestó que la junta era la sola autoridad legítima, única depositaria de los derechos de la corona, y cuyo lugar ocupaba; que habiendo sido revocados los poderes que habia recibido de Velazquez, se creia no estar autorizado para mandar, ni residir en él un legítimo derecho para hacerse obedecer, rogando por consiguiente al consejo nombrase un gefe para mandar el ejército, y no oyese en semejante eleccion otro interés que el del rey y la conservacion de la corona. En seguida puso sobre la mesa la comision de Velazquez, besó su baston de mando, lo entregó al presidente y se retiró á su tienda. El desenlace de esta comedia política no se hizo esperar mucho tiempo, pues aunque el cabildo aceptó al principio la dimision de Cortés, acto continuo fué elegido por unanimidad, en nombre del rey, primer magistrado de la colonia y general en gefe del ejército. El cabildo en cuerpo fué á buscarle para poner en sus manos el acta de su nombramiento; y como si Cortés no la esperase, la recibió con sorpresa y respeto, sometiéndola luego á la sancion del ejército, que la confirmó por aclamacion. Reducidos los descontentos al silencio por entonces, no tardaron en levantar la voz capitaneados por Diego de Ordaz y Velazquez de Leon; pero éstos que fueron encadenados y enviados á bordo de las naves, se vieron luego en la necesidad de recurrir á la generosidad de su enemigo. Cortés ejerció en su favor la clemencia, como el mas hermoso privilegio del poder supremo. Este fué el primer acto de su nueva autoridad, cuya gracia no recayó en hombres ingratos; pues Ordaz y Velazquez de Leon fue-

ron en lo sucesivo oficiales tan fieles como amigos agradecidos.

Libre ya de los disgustos que ocasionan las disensiones interiores, Cortés se puso en camino para Zempoala. Su reducido ejército que marchaba con orden para precaver toda sorpresa, dejaba con gusto las arenas ardientes y mal sarias en que habia permanecido, en cambio del aire mas fresco y saludable que reinaba en el interior. Iba á buscar aliados para marchar con ellos á la conquista. Francisco de Montejo, uno de los capitanes de la flotilla, á quien Cortés habia dado sus órdenes anteriormente para explorar la costa, se dirigia al mismo tiempo hácia el punto que él mismo habia señalado mas conveniente para un establecimiento colonial. A tres millas de Zempoala se hallaban los españoles, cuando veinte habitantes de aquella plaza marchando con paso grave, se presentaron á Cortés y le ofrecieron sargas y coronas de flores en nombre de su cacique, el cual no venia en persona por impedirselo su extrema gordura. Uno de los caballeros españoles se adelantó solo hasta el centro de la gran plaza, percibió una parte del palacio real, nuevamente blanqueado de cal, y brillante á impulso de los rayos del sol; pero á tal vista el ambicioso castellano, creyendo tener delante de sí un palacio con muros de plata, corrió á toda brida para anunciar á sus camaradas este maravilloso tesoro. No tenia necesidad Zempoala de este imaginario prestigio para parecer bella; pues era una de las ciudades mas grandes que los españoles habian visto en el nuevo mundo. Unos le dieron el nombre de Sevilla, á causa de su vasta extension, y otros el de Villa-Hermosa, con motivo de las muchas bellezas que encerraba. „Nos dejó sorprendido, dice Bernal Diaz, la elegancia de sus edificios y su ventajosa situacion. En medio de un rico paisaje y de diversas plantaciones „de árboles, poseia magníficos jardines, y durante el dia entero, una „inmensa concurrencia de hombres y mugeres ocupaba sus anchurosas calles.”

Todos los españoles fueron alojados dentro el círculo del templo, en un vasto y hermoso edificio destinado á los extrangeros de distincion y á los ministros de los ídolos; y allí los mantuvieron de todo lo necesario á espensas del cacique, que ya habia venido á la llegada de Cortés para cumplimentarlo, conducido en una litera á causa de su enorme gordura. Cortés le pagó la visita en la mañana siguiente acompañado de cincuenta de los suyos, y habiendo tenido con el cacique una larga conversacion que le dió no pocas luces sobre el estado del país, le habló en seguida del poder del gran monarca de Castilla, añadiendo que sus tropas y su propia persona estaban dispuestos á auxiliarle contra sus enemigos, lo mismo que á abolir el inhumano culto de su religion y propagar el conocimiento del verdadero Dios. A esto contestó el príncipe indio, lanzando de sus labios un profundo suspiro: „Gran señor, no pongais las manos en nuestros dioses, á quienes debemos la luz y las lluvias, por-

„que ellos son demasiado buenos para nosotros; pero en cuanto á „mi infeliz pueblo, libre é independiente desde tiempo inmemorial, „y gobernado por señores de su misma casta, ha caído en estos últimos años bajo el yugo de Moctezuma, cuya córte se encuentra á „orillas de un gran lago; y siendo este príncipe tan cruel para cobrar los tributos y vengar la mas leve ofensa, temo á cada paso „que vengan sus satélites á quitarnos nuestras doncellas y niños „para sacrificarlos á sus deidades.” En seguida explicó por qué medios y con qué alianzas se habia elevado la ciudad de Tenochtitlan sobre todas las demás del Anáhuac. Hizo la historia del humilde origen de los aztecas, de los progresos de su poder, de la organización de su imperio, de sus fuerzas y de sus riquezas.

Todas estas cosas que eran nuevas y curiosas para Cortés, le instruian admirablemente de cuanto le era preciso saber para el mejor resultado de su campaña. Prometió al cacique socorrerle contra los atentados del monarca azteca, y que volveria á conferenciar con él sobre el asunto, lo que por entonces no podia ejecutar, por serle urgente trasladarse á Chiahuitzla para examinar el estado de su flota; y deseando el cacique darle en tales momentos un testimonio de su afecto, puso á disposicion de Cortés cuatrocientos hombres que condujesen sus equipages. Tal era la costumbre de los príncipes indios, segun se supo por Marina, cuando querian obsequiar á las personas de alta categoría que pasaban por sus estados.

Chiahuitzla era una pequeña villa situada sobre una alta roca, á doce millas de Zempoala, hácia el Norte, y á tres del nuevo puerto en donde se hallaba entonces la flota española. Allí se hizo llevar tambien el digno gefe de los totonecas, quien temiendo que Cortés olvidase su promesa, se proponia hablarle nuevamente acerca de los medios de atacar al enemigo comun. Mientras ambos deliberaban sobre este asunto de vital interés, se anunció la llegada de cinco nobles mexicanos, perceptores de los tributos reales, con una comitiva de muchos criados. Estos emisarios traian además de peculiares y riquísimos vestidos, unos ramilletes de flores en las manos para percibir continuamente sus aromas; y en cuanto á los criados que le seguian, unos llevaban en la mano varas con cerdas, y otros movian una especie de abanicos para sacudir las moscas y demás insectos que molestaban á sus amos. Habiendo reprendido agriamente á los gefes de Zempoala, á causa de haber dado acogida á los extranjeros sin permiso del rey, les pidieron como una reparacion de tamaño crimen, veinte víctimas de ambos sexos para sacrificarlas á los dioses. A tal novedad se consternó toda la villa; porque los caciques trastornados se consideraban perdidos. Cuando Cortés supo por Marina la causa de su turbacion, se dirigió á los dos príncipes totonecas, que temblaban á la presencia de los cinco colectores de tributos, les previno que no solo se opusiesen con energía á aquella inhumana pretension, sino que procediesen desde lue-

go á aprehender á dichos recaudadores y ponerlos en la cárcel. Esta atrevida resolucion que sobrepujaba el valor de los totonecas, los hizo temblar aun con mayor violencia; pero habiéndolo exigido Cortés perentoriamente, acosados los caciques por dos terrores iguales, se decidieron á mandar conducir á un calabozo á los cinco orgullosos mexicanos, quienes no se habian dignado mirar á los españoles al entrar en la poblacion.

Los presos custodiados por los castellanos esperaban la muerte. Entretanto los caciques ufanos con la proteccion de Cortés, le rogaban que les permitiese sacrificarlos á los dioses; pero la política del general era volverlos á la libertad secretamente, á fin de presentar su conducta como meritoria á los ojos de Moctezuma. Este proyecto lo ejecutó con bastante destreza, ya fuese procurándoles de noche la evasion, ó bien reclamándoles para custodiarlos á bordo de las naves. Los caciques se conformaron con cuanto quiso decirles para dorar esta astucia diplomática, aunque muy artera y poco caballerosa, cuyo principal objeto era manifestar al gefe de México, que los españoles se interesaban en la proteccion de sus súbditos, y ninguna era su parte en las revueltas de los totonecas; pero al mismo tiempo mandaba mensajeros á todas las ciudades de esta numerosa familia, para excitar la revuelta contra sus injustos opresores por todos los medios posibles. Alentados con la dulce esperanza de recobrar la libertad, todos los gefes de los pueblos dependientes de Zempoala, juraron odio mortal á los habitantes del territorio mexicano. De todas partes corrian los hombres á tomar sus armas de guerra; pues ya se preparaban á seguir á los españoles como aliados, cuando Cortés los llamase á prestar tan importante servicio. El acto de obediencia y vasallage á las coronas de Castilla y Leon, tuvo efecto delante del notario público Diego Godoy.

Terminado este interesante asunto, otros cuidados reclamaron la actividad de Cortés; pues le era preciso hacerse de un establecimiento permanente, de una plaza fuerte, de un puerto, y de un lugar de refugio en caso de serle contraria la suerte. El sitio que indicó Francisco de Montejo, cerca del cual habia ido la escuadra, se hallaba en el territorio de los totonecas. Era una fértil y extensa llanura, yendo desde la mar á la montaña, como á doce leguas de Zempoala. Allí trazó Cortés el circuito de una ciudad, donde se edificó primeramente la iglesia, despues el arsenal, luego los almacenes para las subsistencias y municiones; en seguida, cabañas ó viviendas alineadas en forma de calles: todo circunvalado de muros bastante fuertes para resistir á un ejército de indios. Los españoles, oficiales y soldados, pusieron mano á la obra, llevándola á su conclusion con aynda de sus nuevos aliados, los habitantes de Zempoala. La poblacion recibió los nombres de Villa-Rica de Veracruz, nombres en que Robertson espresa los dos principales